



ACTO CUARTO.



Decoracion cerrada. En el fondo dos puertas, y en el centro de ambas, una entrada al oratorio cubierta con un tapiz. A la izquierda del actor la puerta de la cámara de la condesa.)

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR—EL CONDE.

COND. Ya eres dichosa, Leonor.

LEO. No es completa mi alegría. . . .
padece la hermana mia,
y padeceis vos, señor.

COND. La has visto? . . .

LEO. Sí: se ha empeñado
en dejar el lecho: en él
sufre. . . .

COND.

Y la noche? . . .

LEO.

La fiebre no la ha dejado.
Cruell

COND.

Y ahora?

LEO.

Mas despejada
está. . . pero contrista
la vaguedad de su vista,
su languidez estremada.
Cuando la fiebre la hiere,
tanto la agita y sofoca,
que habrá de volverse loca.
señor, si no se nos muere.

COND.

Tan poco hay ya que esperar?

LEO.

Así lo ha dicho el doctor.

COND.

Esta dolencia, Leonor,
á todos nos va á matar.

LEO.

Comprendo, señor, comprendo
cuánto sufriendo estais vos. . . .

COND.

Eso, nada mas que Dios,
y yo que lo estoy sufriendo.

Aquí con fiera ansiedad,
que me llena de amargura,
luchando están la ternura,
la venganza, la piedad. . . .
la voz de todas escucho. . . .
los cielos me den paciencia. . . .

Leonor, porque esa dolencia
de Blanca me ofende mucho! . . .
Mas si á sus ojos me ofrezco,
advirtió que por instantes
muere. . . . y los odios de ántes
se van. . . . y la compadezco!

LEO.

Sí, Don Pedro! . . . honda raiz
echó el mal. . . . ese interes

guardadla siempre, porque es sin ser culpable, infeliz.

COND. Infeliz. . . , tienes razon: no hay quien de culpa la arguya; pero esa desgracia suya me quebranta el corazon. Oh! . . . me abruma sin cesar! . . . y en trance tan enojoso, quisiera ser generoso. . . . y no puedo perdonar. He perdido de esta vez la paz que yo acariciaba. . . . único bien que restaba á mi cansada vejez!

LEO. Señor, que se acerca alguno. . . .

COND. Me importunan todos hoy. . . . huyendo á mi estancia voy, no quiero ver á ninguno.

(Se retira por la puerta izquierda del fondo.)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, Despues DON JUAN.

LEO. Qué desventuras, Dios mio! Conjura la tempestad con tu infinita bondad. . . .

(Sale Don Juan.)

JUAN. A Dios, Leonor: y mi tio?

LEO. En su estancia.

JUAN. Es menester que yo le vea al momento. . . .

LEO. No vayas á su aposento, porque á nadie quiere ver.

JUAN. A mí tampoco?

LEO. Tampoco.

JUAN. Tanto el enojo le afana?

LEO. La dolencia de mi hermana le tiene abrumado, loco.

JUAN. Pues ello es fuerza que yo le vea, Leonor querida: está el marques de partida, y de hablarle me encargó.

Saldrá tras nuevo laurel dentro de breves instantes,

y al conde quiere ver ántes para despedirse de él.

Esto que le anuncie quiere: de hacerlo palabra dí. . . .

cumpliré lo que ofrecí, y salga lo que saliere.

LEO. Y á dónde va? á qué region. . . .

JUAN. Adonde ir yo queria:

va al Africa, Leonor mia, mandando la espedicion.

LEO. Plegue á Dios que para bien sea de él, y del Estado.

JUAN. Ayer ha solicitado que el mando de ella le den, y como el rey nada puede

negarle, aunque resistió, tanto en ello se empeñó

Fajardo, que al cabo accede.

¡No te estraña, como á mí, esta violenta jornada,

esta salida impensada?

LEO. No, Don Juan.

JUAN. Pues á mí sí.

LEO. Misterios son.
 JUAN. Puede ser:
 algo está aquí sucediendo,
 Leonor, que yo no comprendo. . . .
 LEO. Ni lo quieras comprender.
 JUAN. Pues lo mandas lo haré así.
 De mi tío al aposento
 voy á cumplir al momento
 lo que á Fajardo ofrecí.
 Tal vez su melancolía
 hablando conmigo ceda. . . .
 LEO. Oigate Dios!
 JUAN. Cuanto pueda
 he de intentar, Leonor mia.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR

Y nada alcanzarás, que es muy profundo
 el dolor que le aqueja, y para el conde
 huyó la paz que le brindaba el mundo.
 De enojo henchido; trémulo se esconde
 de la vista de todos. . . . pobre anciano! . . .
 qué noble y bueno es! Tiende á sus iras
 de la razon la poderosa mano,
 y lucha, y las enfrena, y se entenece
 comprendiendo á su vez la honda agonía
 de su esposa infeliz.... ah!... pobre anciano!...
 lo que sufres. . . . y pobre hermana mia!

*Una risa débil y apagada llama su atencion: vuel-
 ve el rostro y ve á la condesa envuelta en una
 bata blanca, descuidado el cabello, y apoyada pe-
 nosamente con una mano en el marco de la puerta
 de su cámara.)*

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR.

LEO. Pero.... Blanca! ahí estás?... adónde, adónde
 la planta llevas. . . .
 BLAN. Me han dejado sola. . . .
 Sola dije? . . .no. . . . no, me acompañaban
 mis memorias, Leonor.
 LEO. Ven, alma mia;
 un momento descansa. . . .(Arde su frente!...)
 (Sentándola en un sillón.)
 Estás aquí mejor?
 BLAN. Mejor? . . . Un poco. . . .
 sí, sí. . . . mucho mejor, hay mas ambiente,
 mas luz, mas alegría. . . . oh! . . . me sofoco
 en mi oscuro retiro. . . . me marean
 las sombras que hay en él. . . . cruzan y giran,
 y ante mis ojos sin cesar voltean
 y se alejan, y vuelven y suspiran. . . .
 no lo sé, suspiran! . . . á mi oído
 en hilera infinita van llegando
 y en pos una de otra suspirando,
 murmuran con acento dolorido
 misteriosas palabras que no entiendo. . . .
 me asalta en la fatiga un parasismo. . . .
 mas vuelvo á la razon. . . . y vuelven ellas
 otra vez y otra vez. . . . siempre lo mismo!
 LEO. Habrás soñado. . . .
 BLAN. No. . . . no es esto sueño:
 lo comprendo muy bien.... esto es la fiebre....
 esto, hermana, es morir! . . .

LEO. Ay Dios! Qué empeño el tuyo de afligirnos. . . esa idea aleja de tu mente, y piensa, hermana, en todo lo que el ánimo recrea.

BLAN. Que piense, dices. . . diligencia vana! y. . . en qué puedo pensar en tal momento! Ilusiones no hay ya. . . mi pensamiento se clava en la verdad. . . ante mis ojos la realidad severa se levanta, y solo el que mi vida se prolongue es ahora. . . y no mas, lo que me espanta.

LEO. No quiero que pronuncie mas tu labio esas palabras. . . Mira, Blanca mia, de tu salud, de tu salud hablemos. Cuando ya estés mejor, mas animada, saldremos de Madrid, y volveremos á los sitios de eterna primavera donde juntas crecimos. . . oh! qué hermosos estarán los jardines, la pradera. . . Te acuerdas de la fuente cristalina donde juntas mil veces nos miramos? del nido de la amante golondrina que escondido en la torre nos hallamos? de las coronas que en doblados hilos de jazmines ornaron nuestra frente á la sombra del bosque de los tilos? . . . Te acuerdas, es verdad? . . .

BLAN. Confusamente. . . Como el vago recuerdo de una historia que en la primera edad nos refirieron, así vive ese Eden en mi memoria.

LEO. Con eso gozarás de la sorpresa al saludar de nuevo los lugares que ha tiempo que no ven á su condessa.

BLAN. Es muy tarde, muy tarde. . . todo aquello contemplado á la luz de la inocencia entónces era delicioso, bello; mas hoy para mis ojos no hay goces en la fuente cristalina. . . las galas del vergel serán abrojos. y allí. . . que iba yo á hacer? Tan solitario como aquí el corazon, desfallecido su generoso aliento perderia. . . Qué mas da?... no!... me quedo... ya cumplido mi destino fatal desde hoy contemplo.... Oh!...la cortel la cortel!... Aquí me alivian las horas de oracion. . .

LEO. Pues ven al templo.

BLAN. Al templo? Sí, Leonor. . . mas ve delante: vé sembrando de flores el camino que á mi sepulcro guia. . . tu semblante se nubla al escucharme? . . . no hagas caso... ni lo que digo sé, ni lo que quiero. . .

LEO. Pues bien, en mí te apoya, y paso á paso entremos juntas. . .

BLAN. No!... ve tú primero Sí, sí. . . primero tú. . . porque sin duda mis continuas plegarias ya cansaron al Eterno Hacedor. . .

LEO. Pues ven conmigo.

BLAN. Vé á pedirle por mí. . . sé intercesora de tu hermana infeliz, . . . que yo te sigo.
(Leonor besa á Blanca y entra en el oratorio.)



ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

La bendicion celestial
de esta manera aseguro,
pues será el ruego mas puro
en su boca angelical.
Ella pide al Sumo Juez
mientras doy yo fatigada
á la tierra una mirada. . . .
ay! la postrera tal vez.
Mas. . . . qué es lo que te acomoda
en ella ver? qué hallarás? . . .
veo un hombre nada mas. . . .
pero que la llena toda!

*(Desde este momento, va dando Blanca marcadas
muestras de demencia.)*

Y ese hombre. . . . sufro por mí: . . .
y él de mi labio escuchó
cuanto por él sufro yo. . . .
y huyó despues. . . . no yo fuí.
El. . . . juró de amor muriendo,
no volver aquí jamas;
pero aunque no vuelva mas. . . .
que importa, si le estoy viendo?
Hace bien, . . . ya se alejó. . . .
pero vive para mí. . . .
y por eso desde aquí
nadie le ve mas que yo.
Yo sola! . . . pero tambien. . . .
y no fué en este aposento,
habló. . . . y con fatal acento

de su vida con desden. . . .
"Porque para esta ansiedad
no queda mas que un remedio. . . .
murmuró. . . . poner por medio
de los dos la eternidad. . . .
Ja! ja! . . . por amor morir! . . .
y á la celeste morada
cree que mi ardiente mirada
no le habia de seguir? . . .
Ya el alma mía no llora;
verla dichosa logré. . . .
por que siempre le veré
como le estoy viendo ahora.

BALLESTA. *(Sale y dice.)*

El señor Don Luis Fajardo
viene á hacer su despedida. *(Vase.)*

BLAN. Despedirse de la vida. . . .
(Incorporándose violentamente.)
Qué dices, hombre bastardo, . . .
Fajardo! . . . ya no le veo. . . .

*(Gira la vista como buscando un objeto, y aparece
Don Luis en la puerta foro derecha, donde se de-
tiene un breve instante. Viste el traje de guerra,
pero sin coraza. Al verlo Doña Blanca se cal-
ma instantáneamente, pero continúa en su esta-
do de insensatez.)*

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—D. LUIS.

LUIS. *(Cielos! . . . la condesa aquí! . . .)*

BLAN. Dónde está. . . . *(Reparando en él.)*

Va! . . . si está allí . . .

quiso burlar mi deseo.

(A Don Luis.)

Tan pronto aquí, como allá
os poneis? . . . eso no es jnsto,
y ved qué me da disgusto.

Dónde estabais, mas acá.

LUIS. (Adelantándose.)

(Dónde estaba? . . .)

BLAN. Mas adentro. . . .

Pero ha cambiado de trage. . . .

no es de guerra ese ropage?

LUIS. (Ah! y en qué estado la encuentro!)

BLAN. Ya que os veo. . . . quiero oír

vuestra voz. . . . no me direis

dónde vais, qué pretendéis? . . .

LUIS. Condésa. . . . voy á salir. . . .

BLAN. Y cuándo? . . .

LUIS. En breve será;

á nuevas conquistas parto. . . .

BLAN. A conquistar vais? . . . pues harto

no habeis conquistado ya?

LUIS. Algunos pueblos cayeron

bajo el peso de mi espada. . . .

mas para el alma, de nada

las conquistas me sirvieron.

BLAN. Y á conquistar, dónde ahora?

LUIS. Al Africa. . . .

BLAN. Qué locura!

no es esa una tierra impura

que á todos mata y devora? . . .

Yo. . . . yo recuerdo. . . . yo oí

hablar de ello con afan. . . .

no es cierto que los que van

se suelen quedar allí?

LUIS. No penseis, señora. . . .

BLAN. Oh! no,

no ireis vos, no, por mi fe.

LUIS. (Que esto escuche! . . .)

BLAN. No!

LUIS. Y por qué? . . .

BLAN. Porque no lo quiero yo.

LUIS. (Valor y constancia mia! . . .

no dejeis mi corazon. . . .

que en vos en esta ocasion

Don Luis su nobleza fia.)

Condésa. . . . estais por demas

agitada. . . . llamaré

si permitis. . . .

BLAN. Para qué? . . .

mejor no estuve jamas.

Ver la gente me disgusta. . . .

los que hoy á mi lado giran

me miran tanto. . . . me miran

con faz tan triste y adusta. . . .

Callad! . . . no llameis por Dios!

no quiero, aunque os empeñeis,

ver á nadie. . . . lo entendeis? . . .

á nadie, no mas que á vos.

LUIS. Blanca! . . . lo que estais diciendo

comprendeis? . . .

BLAN. Oh! sí, muy bien.

LUIS. Y me conoceis!

BLAN. Tambien.

LUIS. (Su acento me está diciendo

la mas horrible verdad!

tan combatida pasion

ha turbado la razon

de la mas pura beldad.)

BLAN. Qué sentís. . . . padecéis mucho? . . .
 lo que digo no os agrada?
 LUIS. El alma tengo abrasada
 con lo que ahora os escucho.
 Si mi inteligencia Dios
 también hubiera turbado. . . .
 envidia tengo al estado
 en que os encuentro hoy á vos.
 BLAN. Por qué en él no estais? . . .
 LUIS. No sé . . .
 porque mi sino fatal
 me puso entre el bien y el mal. . . .
 y en fin, señora, porque
 de mi mente no se aparta
 el lugar do nos hallamos. . . .
 BLAN. Pues dónde. . . .
 LUIS. En la casa estamos
 del conde de Santa Marta!
 BLAN. (*Apoyando rápidamente las manos sobre
 el corazón.*)
 Ah!! . . . qué oí. . . . Dios de bondad! . . .
 con que cuando yo creía
 veros en mi fantasía. . . .
 era ilusión. . . . es verdad?
 Eráis vos. . . . vos que, hasta aquí
 á despediros entráis. . . .
 sí, ¿por qué al Africa vais
 á hacerlos matar allí?
 LUIS. Blanca!
 (*Haciendo un esfuerzo para reunir sus ideas, y
 con mucha ternura y desfallecimiento.*)
 BLAN. Fajardo. . . . no sé
 quién mi razon ha alumbrado, . . .
 tal vez habré pronunciado

palabras. . . . que no pensé. . . .
 Mas lo que dijo mi boca. . . .
 desmiente mi corazón,
 porque. . . . tened compasión,
 marques, de una pobre loca!
 (*Con mucha languidez.*)
 Llorais? . . . también yo. . . . partid. . . .
 que á ser tan feliz llegueis,
 como quiero y mereceis. . . .
 pero léjos de Madrid.
 Léjos, sí. . . . porque os lo fio;
 esta será en nuestra vida
 la postrera despedida. . . .
 (*Dirigiéndose al oratorio con pasos vacilantes, di-
 ce con voz dolorida.*)
 Ay. . . . para siempre!! (*Entra en el ora-
 torio.*)
 LUIS. Dios mio!
 Es esto ya por demas! . . .
 y dejarla puedo así. . . .
 Oh! . . . no se apiadan de mí
 los cielos. . . .
 (*Da resueltamente algunos pasos hácia el oratorio;
 pero ántes de llegar á él, sale el conde por la
 puerta foro izquierda, y se le interpone.*)

ESCENA VII.

DON LUIS—EL CONDE.

COND. Atrás! . . . atrás!
 LUIS. Atrás á mí! . . . quién sois vos?
 COND. Quien mata vuestros deseos.

LUIS. Apartaos!
 COND. (*Tirando de la espada.*)
 No! . . . defendeos! . . .
 LUIS. (*Sacando la suya.*)
 La muerte! sí. . .
 LEO. (*Dentro del oratorio.*)
 Ay!!
 COND. (*Riñendo.*) A los dos.
 nos trague la eternidad!
 (*Leonor sale desfavorida del oratorio, y dice con voz enérgica y solemne.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR—D. LUIS—EL CONDE.

LEO. Tened! . . . tened los aceros. . .
 de rodillas, caballeros!
 al pié de la cruz. . . mirad!! . . .
 (*Levanta el tapiz, y á la débil luz de las lámparas del oratorio, se ve á Blanca exánime y abrazada al pié de una cruz grande colocada sobre una gradería.*)
 LUIS. Qué miro!!
 COND. Muerta!
 LEO. Sí.
 COND. (*Entrando en el oratorio; cae el tapiz.*)
 Cielol

ESCENA ULTIMA.

DOÑA LEONOR—DON LUIS.

LUIS. Leonor. . . dime. . . no has mentido. . .
 LEO. Inmaculada ha subido
 á la mansion del consuelo.
 LUIS. (*Queriendo entrar en el oratorio.*)
 Déjame!
 LEO. (*Deteniéndole.*)
 No! . . . no será. . .
 su cuerpo. . . miradlo vos. . .
 está en la casa de Dios,
 su alma en el cielo está!
 Ella os amó con delirio,
 mas fué tan pura, señor. . .
 que ha conquistado su amor
 la corona del martirio.
 Premió la suma bondad
 su clara y limpia virtud,
 dándole eterna quietud. . .
 Su memoria respetad!
 LUIS. Oh! . . . nada me resta. . . nada!
 LEO. La gloria, marques, la gloria,
 y de Blanca la memoria.
 LUIS. Ella aquí siempre grabada
 estará. . . de mi destino
 prenda de lágrimas. . . ella
 será la brillante estrella
 que me alumbre en mi camino.
 Suframos, pues, y acatemos
 del cielo la eterna ley:

suframos. . . y por el rey
y por la patria lidiemos;
que cuando abatido esté
mi nunca domado aliento,
y de arrojo y ardimiento
muestras mi brazo no dé,
ella. . . luz del corazón!
allá en la celeste altura,
será el ángel de ventura
que alcance mi salvacion.

FIN DEL DRAMA.

HBBBNN

FRANCISCO

DE QUEVEDO.



DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL

DE D. EULOGIO FLORENTINO SANZ.

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido mas que por su nombre
Ni por su dulce canto.

QUEVEDO, *Musa VII.*

MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN REMIGIO NAVARRO,
Calle de Chiquis número 6.

1850.